

*militarismo mexicano** fue pagado a mil dólares.

Cuando sube al poder Primo de Rivera, Blasco Ibáñez se instala en su quinta francesa de Menton, ya dueño de su propia editorial Prometeo y de crecientes regalías por concepto de traducciones y adaptaciones cinematográficas. En su principio está su fin: las obras de su última etapa son como folletines histórico-actuales de un Fernández y González que hubiera alcanzado las ventajas de la máquina de escribir y el dictáfono (*A los pies de Venus*, *El Papa del Mar*, *En busca del Gran Khan*, *El Caballero y la Virgen*). Al tiempo que textos políticos (*Por España y contra el rey*, *Lo que será la República Española*) da a conocer *La vuelta al mundo de un novelista*, *La reina Calafia*, *Novelas de la Costa Azul*. Muerto el día que cumplió sesenta y un años, su último libro póstumo fue *La voluntad de vivir*. Ni siquiera el anterior catálogo es suficiente para abarcar en su pluralidad las actividades que realizó y los títulos que dio a la imprenta Vicente Blasco Ibáñez.

Se le comparó con Sorolla y Solana; su arte parece hoy tan interesante históricamente y tan muerto en términos de vigencia estética como el de aquellos pintores: quizá la importancia del primer Blasco Ibáñez se deba a la "toma de conciencia" que sus libros de juventud significaron. Como ningún otro novelista español del xix, Blasco Ibáñez tuvo presente la "cuestión social": la existencia de la pobreza. (Toda la narrativa peninsular de la pasada década que redescubrió el naturalismo por vía de Norteamérica e Italia, tiene un antecedente menos oscuro de lo que podría suponerse en el Blasco regionalista.)

Con los personajes de la Huerta y la Albúfera valencianas, con Batiste y Pimentó de *La barraca*, con los pescadores de *Flor de mayo*, los explotados, los desposeídos aparecen en la novela española acaso por primera vez como tales. Ya no consideran la pobreza un designio divino o el orden natural de la sociedad, sino una injusticia, un abuso en que se finca el bienestar de la minoría. Esto que hoy es tan obvio no lo era en la España finisecular, y nada le costaba a Blasco Ibáñez prodigarlo en las descripciones y en los parlamentos de sus novelas: "Por las tablas en pendiente que unían las barcas con el muelle iban pasando pies descalzos, calzones amarillos, caras tostadas, todo el mísero rebaño que nace y muere en la playa, sin conocer otro mundo que la extensión azul. Esta gente embrutecida por el peligro, sentenciada tal vez a muerte, iba al mar para que otros seres vieran sobre su blanco mantel los moluscos rojos que huelen a violeta y tienen el aspecto de joyas de coral, los suculentos pescados con su mortaja de apetitosas salsas. La miseria iba a lanzarse en el peligro para satisfacer a la opulencia."

O bien: "¡El pan!... ¡Cuánto cuesta ganarlo! ¡Y cuán malos hace a los hombres!... "Alguna vez se habían de imponer los pobres y quedar los ricos debajo." En *Sangre y arena* —pauta de todas las películas y dramas radiofónicos acerca de toreros, y libro que todos desprecian como una españolada, epítome de la visión panderetística de España, pero que en realidad es una novela contra la fiesta taurina y destaca el horror antes que el color del toreo— el bandido "Plumitas" subraya coloquialmente esa insistencia de Blasco en la atrocidad de la miseria y el efecto que causa en quien la padece: "Yo he visto lo que es la gente. El mundo está dividido en dos familias: esquilas y esquilas... Lo que el probe necesita es justicia, que le den lo suyo; y si no se lo dan, que se lo tome... No les tengo miedo a los sivils [la Guardia Civil]. A quien temo es a los probes. Toos son güenos pero ¡qué cosa tan fea es la pobreza!

Blasco Ibáñez ¿fue un hombre de izquierda? Si examinamos *El militarismo mexicano* —libro que cuenta en nuestro *Index* no escrito— podemos apreciar hasta qué punto se le escapó el fenómeno revolucionario y sólo apreció en la trágica lucha thermidoriana de sus generales contra Carranza la acción de unos "tiranuelos de pistola" sin "más alcance moral que el de movimiento militarista y personalísimo." Hasta opinó, llevado de un racismo inconsciente: "Deseo un Méjico verdaderamente moderno, dirigido por hombres civiles y cultos, de los que han viajado y tienen *mentalidad de blanco*. La Revolución —antes y después del Plan de Agua Prieta, origen de todos los gobiernos subsecuentes— le pareció "falsa", "incoherente", perpetradora de "fechorías estúpidas". Aunque muchas de sus críticas contra los hombres del México que fue la nación más militarizada de América (de 1821 a 1921 los especialistas han contado cerca de mil rebeliones, pronunciamientos, cuartelazos) son esencialmente justas y dignas de ser revisadas sin la pasión que todos los mexicanos alimentamos contra este libro, Blasco Ibáñez —brusco hispanista— no fue capaz de considerar que el origen del militarismo es precisamente la estructura del régimen colonial y el "caudillo", el "General-Presidente", un producto tardío del género de autoridad impuesta por el imperio español.

Vicente Blasco Ibáñez fue el primer escritor industrial que existió en los países de nuestro idioma; fue un hombre que renunció al ascetismo literario del xix para adelantarse a la visión del xx del escritor como "celebridad" y figura pública; fue un desengañado que al ver la "fama póstuma" como algo grotesco, quimérico, sin sentido, optó por el reino de este mundo; un prosista que no creyó en el arte de la prosa —y hoy, un siglo después, encuentra su penitencia en sus pecados.

* En las páginas de *El Militarismo Mexicano* Blasco Ibáñez anuncia que empleará sus observaciones en una novela —jamás publicada y quizá ni siquiera escrita: *El águila y la serpiente*. Al dar este título a su libro Martín Luis Guzmán ¿tuvo presente a Blasco y quiso refutar a *El Militarismo Mexicano*?



libros

Francisco de la Maza: *Adriano, el último dios del mundo clásico*. UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, Estudios de Arte y Estética, 10. México, 1966.

Lo primero que a alguien se le ocurriría preguntar al enterarse de la aparición de este libro sería, tal vez ¿qué sentido tiene en nuestro medio un estudio sobre la antigüedad romana decadente? ¿No hay suficientes "cosas descuidadas en México —en la historia de la cultura y en la historia del arte— para que andemos rastreando las trazas del bienamado de Adriano? E independientemente de los valores intrínsecos del libro que reseñamos, cabe contestar que, precisamente, en un momento cultural como el que vivimos, que a fuerza de preocuparse por las cosas propias parece que se encierra hasta el grado de olvidar las ajenas, libros como el presente (o como el *Miguel Angel* de Justino Fernández, v. gr.) cumplen una función eminente: la de recordarnos que México no es una isla cultural (sobre todo, que no debe serlo), la de hacernos sentir partícipes de una aventura humana que es mucho más amplia que la partícula que a nuestro país corresponde en la historia de la cultura, por importante que ésta pueda ser. La segunda pregunta que aquel nuestro supuesto aprensivo podría hacerse es: ¿qué anda haciendo Francisco de la Maza, el mejor conocedor del barroco

mexicano con que cuenta el país, tras los pasos de Antinoo? Y es que De la Maza, si bien el azar y una vocación clara por lo apasionado lo han colocado del lado del barroco, no por eso ha dejado nunca de languidecer por el mundo clásico. No se trata simplemente de guiños furtivos, sino de un interés sólido y constante: para De la Maza, si lo cortés no quita lo valiente, lo barroco tampoco quita lo clásico. (Por aquello de la pasión, no está de más recordar que si alguna nota dominante hay en la historia, el mito y el arte de Antinoo, es precisamente su carácter apasionado.)

El ensayo de Francisco de la Masa comprende un estudio de la figura histórica de Antinoo, en donde considera cuanta referencia al efebodios existe entre los escritores antiguos, los padres de la Iglesia y escritores posteriores (incluso Bartolomé de las Casas y los últimos arqueólogos); un estudio de la deificación del joven bitinio y del desarrollo de su culto; y, finalmente, un estudio pormenorizado de todas las representaciones antinoicas, que llega a ser más que un *catalogue raisonné* por la amplitud y aliento de los comentarios y comprende 250 páginas sobre las 400 del texto completo. Sin duda el ensayo de Francisco de la Maza es el más completo que exista, aparte el de Dietrichson, de 1884. Pero lo que lo hace particularmente interesante es el sentido que da a la historia y las representaciones antinoicas: en realidad, para el autor Antinoo representa la última gran creación del mundo clásico (en lo mítico y en lo artístico), el canto del cisne de aquella gran aventura iniciada con Homero y continuada y revivida, precisamente, hasta la época de Adriano. De tal modo que estudiar a Antinoo es también estudiar al mundo clásico, no en una partícula, sino en la casi totalidad de sus implicaciones: el mito y el arte antinoicos vienen a ser un resumen apretado de aquel horizonte inmenso que fue la cultura greco-latina. (Entre paréntesis, cabe decir que, cu-

riosamente, De la Maza coincide con Marconi, autor de uno de los estudios más completos sobre el tema —*Antinoo, saggio sull'arte dell'età adrianea*, 1923—, a quien continuamente impugna, y parece que las más de las veces con razón, pero que, al igual que nuestro autor, entiendo las representaciones del bitinio como el postrer esfuerzo de revivificación del arte clásico, aunque a fin de cuentas lo considere —contrariamente a la opinión de De la Maza— como un esfuerzo fallido; para uno y para otro Antinoo tiene un sentido parecido, si bien la amplitud de visión del segundo es mucho mayor y más rica de contenidos.)

Es realmente mayúsculo, además de la gran erudición que presupone, el esfuerzo que representó para Francisco de la Maza llevar adelante una investigación de este tipo, efectuada en su mayor parte desde México; agotadas las bibliotecas mexicanas empezó la consecución de fotocopias y micropelículas de bibliotecas extranjeras, el carteo con museos para obtener fotos y, finalmente, una viaje a Italia, Grecia, Francia y Alema-

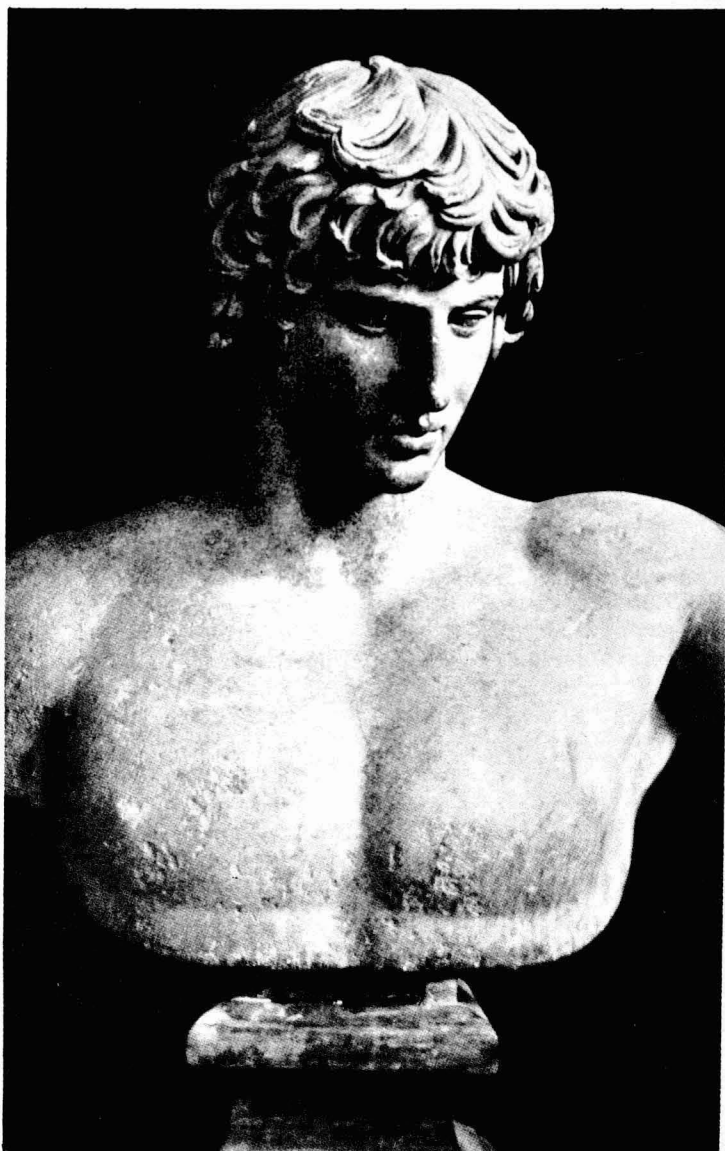
nia para estudiar la mayor parte de los originales *in situ*; viaje este que a veces adquirió carácter de persecución detectivesca en bodegas de museos y colecciones particulares, sobre todo debido al hecho de que las representaciones de Antinoo son generalmente despreciadas y no aparecen siempre en los mejores sitios de los acervos de esculturas. Sin contar la lucha con conservadores de museos, que las más de las veces no entendían la preocupación de un mexicano por esas obras “decadentes”.

Obras decadentes. Es un curioso fenómeno de la cultura cómo las frases, los términos y los calificativos, una vez acuñados —en bien o en mal— se repiten por una inercia soñolienta. Uno de los mayores méritos del libro de De la Maza es precisamente el de limpiar y desmistificar los juicios acerca de Antinoo y de sus representaciones (así sea para crear un nuevo mito sobre él), y el defender, como un caballero andante el honor de su dama, la belleza de las esculturas antinoicas, impulsado sin duda (también como el caballero andante) por el amor hacia el objeto

de su estudio; y en verdad, sin esa pasión definitiva no habría podido llevar a buen término su investigación.

Ese amor y esa pasión (propias del barroco-clásico De la Maza) le llevan en ocasiones a poner las cosas en su sitio; en ocasiones también a exagerar y ver más de lo que hay. Su entrega es tan definitiva que los defectos se le achican y las virtudes se le agrandan, pero sin que llegue nunca a perder aquella medida que es indispensable para la seriedad de un estudio de este tipo.

En uno de los paréntesis de su libro (“De la belleza en el mundo clásico”, pp. 61-75), De la Masa nos da su credo estético (por lo que toca a lo clásico), basado fundamentalmente en la belleza humana, y que será su canon para juzgar de las esculturas que examina detenidamente en la segunda mitad de la obra. En otro paréntesis (“La escultura antinoica y su novedad artística”, pp. 113-134), encuentra que la gran novedad del “tipo” de Antinoo es, más que nada y dentro de los márgenes amplios en que diferentes escultores se movieron, la que deriva de la presencia —física o no— del modelo. Es curiosa la identificación que en el fondo llega a hacer entre la belleza humana y la belleza escultórica, a pesar de las largas e inteligentes consideraciones sobre leyes de frontalidad, modelados y escuelas artísticas. Así pues, colocado frente a estatuas, bustos y relieves, es sobre todo a partir de estas premisas que De la Maza juzga las obras; no se habla de “espacios y volúmenes”, de “voluntades de forma” o de otros elementos críticos a los que estamos acostumbrados hoy en día, sino de “labios sensuales”, “piernas proporcionadas”, “cuellos excesivamente gruesos”. Es decir, la crítica se basa en un cierto tipo de elementos que, indudablemente, son cada vez menos vigentes en tanto que elementos críticos, pero que, curiosamente, parecen ser los únicos que se acomodan a juzgar en pormenor un tipo de esculturas como el que se trata. Antinoo fue el último dios, sus repre-



sentaciones el último canto de la escultura clásica... ¿no será, también, el estudio crítico de De la Maza el último que con tales premisas pueda hacerse? Así como sentimos la pérdida de los dioses y la pérdida de la escultura clásica, pero no podemos hacer nada por recobrarlos, así también —parecería— sentimos que estudios como el de Francisco de la Maza no habrán más, y tampoco podemos evitarlo.

Francisco de la Maza es sin duda un escritor desaparecido. Tan pronto sale de él una prosa ágil, substancial, alegre y precisa, como se deja llevar por las exageraciones desbordadas y resulta confuso. Pues bien, en el libro que reseñamos pareciera que los dioses, reconocidos (Antinoo el primero), le hubieran concedido la gracia. Tal vez entre las cosas salidas de la pluma de nuestro —ahora sí— barroco escritor, ninguna sea de tan amable lectura, ninguna así de elegante. Hasta las exageraciones (porque las hay en el libro, como no podía no ser en algo salido de don Francisco), hasta sus *boutades*, resultan consonantes y de ninguna manera desagradan.

Por último, queda lamentar que un libro de tal valor e importancia, a juicio nuestro, no haya sido editado más pulcramente. Es lástima que mucho del estupendo material fotográfico y de los grabados antiguos que logró allegarse el autor, desmerezca por la mala calidad del papel; es una lástima también que la edición, tanto en el texto como en la impresión de los clichés, no haya resultado suficientemente cuidada.

En fin, después de lo que queda dicho en esta reseña,

parecería redundante recomendar la lectura de este libro que se lee como novela y resulta útil como el más erudito de los trabajos de investigación. Pero, como es costumbre hacerlo cuando el resencionista encuentra valiosa la obra reseñada, invitamos al lector de esta nota a convertirse en lector de *Antinoo, el último dios del mundo clásico*.

—Jorge Alberto Manrique

Mauricio Swadesh y Magdalena Sancho: *Los mil elementos del mexicano clásico. Base analítica de la lengua nahua*. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1966, 90 pp.

El historiador que recurre a las fuentes de la historia antigua de México, el filósofo que desea conocer de cerca el pensamiento de un gran pueblo americano, el antropólogo que estudia el mundo de los antiguos mexicanos, el lector en general, atraído por las obras clásicas prehispánicas, el mexicano o el extranjero que anhelen dominar la lengua de los antiguos pobladores de Tenochtitlan, reciben del doctor Swadesh y de la señora Sancho una breve pero nutrida obra destinada a facilitar el manejo del nahua en que redactaron, lo que recordaban, los informantes de Fray Bernardino de Sahagún.

Un estudio analítico como el que reseñamos, renovador en su concepción y revolucionario por la teoría lingüística que lo sustenta, no es ya insólito entre nosotros: el mismo doctor Swadesh y la profesora Arana publicaron recientemente una obra semejante sobre la lengua mixteca; Swadesh y Bastarrachea están por dar a conocer la base analítica del maya clásico; Robles ha publicado los elementos del tzeltal; los autores del libro que comentamos preparaban otra obra sobre el porhé o tarasco, otros investigadores estudian el zapoteco y matlatzincas clásicos con el mismo fin... Se incrementa, así, el interés de los estudiosos mexicanos por las

altas culturas que florecieron en el México prehispánico y se ofrece al interesado una valiosa ayuda para la lectura de los textos que, con caracteres latinos, nos legaron los antiguos pobladores de Mesoamérica a través de los frailes humanistas, sin cuya labor este acervo cultural habría desaparecido.

La obra de Swadesh y Sancho se divide en tres partes: la primera es un breve tratado sobre el mexicano clásico, en el que se habla de los congéneres lingüísticos, de los sonidos y la grafía empleada para representarlos, de la forma que tomaron las palabras mexicanas al introducirse en el español, de los principios de la construcción de las palabras nahuas, de la inflexión de esta lengua y de la manera en que se analizan las palabras mexicanas. Proporciona esta primera parte un fondo léxico nahua para el principiante, basada en las palabras nahuas que todo hablante del español de México utiliza —prestamos, toponímicos—; da algunos principios nemotécnicos con palabras nahuas de pronunciación y significado semejante a palabras españolas, nos habla del calendario mexica y de los principios semánticos de la lengua nahua, propone un método de aprendizaje del náhuatl a través de las lecturas de documentos, y presenta una bibliografía selecta sobre la cultura, la literatura, la filosofía y la lengua de los antiguos mexicanos.

La segunda parte es una tabla de afijos y combinaciones para el análisis de los vocablos mexicanos; la tercera, que abarca 37 páginas únicamente, contiene el inventario de los elementos con todos los significados de cada uno. Un apéndice, preparado por Juan José Rendón, contiene el vocabulario español-mexicano para el lector.

Es de gran interés señalar que el análisis de las palabras y textos nahuas, que sirvió de base para establecer cuáles son los elementos de la lengua, fue hecho con ayuda de computadoras electrónicas en el Centro de Cálculo de la UNAM: un nuevo medio, al servicio de la moderna investigación lingüística,

que redujo a meses un trabajo que habría llevado años el hacerlo.

Lo que Miguel León-Portilla escribe en el prólogo, puede ser la conclusión de la lectura de este estudio: "...contamos ahora con nuevo instrumento de trabajo para acercarnos a una más cabal comprensión de la estructura del náhuatl y de sus elementos formativos. Habrá de ayudar a quienes se interesan en el estudio de la lengua y la cultura del México antiguo".

—Daniel Cazes

C. H. Rolph (edit.): *Encuesta sobre la pornografía*, Seix y Barral. Barcelona, 1965.

Ludwig Marcuse: *Obszön: Geschichte einer Entrüstung*, Editorial Paul List, Munich, 1962.

Cuando Sigmund Freud escribió el frontispicio de su "Interpretación de los sueños" el verso virgiliano

*flectere si nequeo superos,
acheronta movebo*

(si no puedo doblegar los cielos, conmoveré los infiernos), anunciaba una revolución sin precedentes en la concepción del hombre, que habría de desbordar sus intenciones iniciales. Al conmover los cielos mismos de la civilización, en efecto, puso igualmente en tela de juicio todas las superestructuras ideológicas. Más aún, la interpretación de los sueños se convertiría en modelo de una hermenéutica universal que arrojaría nueva luz sobre todas las cosas y casos humanos. De pronto los productos dereísticos del psiquismo, los fenómenos patológicos, las categorías de marginalismo social cobraron un sentido: los sueños, los síntomas neuróticos, las perversiones sexuales, ya no eran simples productos de desecho, restos inexplicables e irrelevantes de una estructura psico-social que agotaría la racionalidad de lo humano, sino signos de protesta contra el carácter opresivo de esa estructura. Al interpretar las llamadas perversiones sexuales como rebeliones contra el sometimiento de la se-

